

á las que pedía tan sólo que estuviesen iluminadas por el sentido estético y el de las responsabilidades económicas que cada cual tiene en la vida, no sólo respecto de «los suyos», de su familia, sino de los menos felices en la distribución de bienes materiales.



## VII

### Conclusión

**E**SE era, en algunos de los aspectos fundamentales de su vida, de su doctrina y de su influencia, el hombre que hemos perdido. Educador, maestro (en el más elevado sentido de la palabra) por condiciones naturales de su espíritu, por grandeza y dulzura de corazón, siempre dispuesto á confiar en los resortes morales de la persona (á diferencia de quienes fundan todo su sistema y todo su proceder en el recelo y en las garantías exteriores), tenía Giner todo lo que hace falta para impresionar hondamente los espíritus y para inspirar la seguridad de que su guía era algo fuerte, cuya huella no se borraría nunca y acom-



pañaría en todas las dificultades y en todas las tribulaciones. Quienes lo trataron y sintieron su influencia intelectual y moral, pueden considerarse como niños mimados de la fortuna en algo capital de la vida. Miles de hombres pasan por ella sin tener la suerte de encontrar un consejero y conductor semejante, y cientos de maestros rozan nuestro espíritu, vierten conocimientos en nuestra inteligencia y se desvanecen como algo ajeno, que un día la casualidad colocó á nuestro lado y hubiera podido cambiar todos los días sin que hubiésemos notado jamás la variación. Pero cuando hallamos á nuestro paso un Giner, una luz nueva alumbrá nuestro camino con resplandor que no se extinguirá mientras vivamos.

He procurado evitar la palabra «pedagogo» al hablar de Giner. No es que la crea impropia tratándose de lo que él fué principalmente, sino que se ha abusado tanto de ella entre nosotros y se la ha aplicado á tantas cosas sólo en la apariencia equivalente, que he tenido un equívoco. Si llamamos «pedagogo» al que *sabe* Pedagogía (es decir, doctrina de los demás, y aun al que la elabora propia), es lícito que reservemos la palabra «educador» para quien, independientemente de lo que sepa é invente de esa disciplina, eduque. Puede un hombre poseer toda la ciencia pedagógica posible y ser, por las condiciones fundamentales de su espíritu, incapaz de educar. Todas las recetas juntas de todos los pedagogos, no conseguirán que



EN LA SIERRA, Á LA SALIDA DE CERCEDILLA  
D. Francisco Giner y un grupo de excursionistas (Mayo de 1913)



sea «maestro» un *sabio* de alma zafia, egoísta, falta de dulzura y ductilidad. La ciencia, entendida como puro saber, va muchas veces acompañada de sequedad de corazón, de escepticismo en punto á su misma eficacia y aun de cualidades morales en que la conciencia (caso de poseerla quien así es) tendría mucho que censurar. Un hombre así no educará á nadie ni formará educadores, porque no sabrá infundirles lo que á él le falta: entusiasmo, fe en la obra, sencillez y amplitud de espíritu. Esos pedagogos eruditos del saber ajeno suelen ser todo lo contrario del verdadero educador y aun no creen en la educación. Por sus manos pasarán quizá, uno á uno, en paciente labor de años que no necesita más que eso, paciencia, todos los libros en que otros han dicho lo que pensaban acerca del gran problema del trato y dirección de los hombres ó de algunos de sus especiales incidentes ó episodios; pero todo ello no dejará en su espíritu el menor calor, ni les dará una sola de las cualidades necesarias para despertar un alma y dirigirla en su camino.

Por eso y mucho más del mismo orden, no he querido calificar de pedagogo á Giner, que era mucho más, y por serlo ha influido tanto y tan hondo en tantas gentes, con influencia que no nacía del temor, sino del afecto y del reconocimiento de la superioridad.

Su muerte plantea el eterno conflicto dramático que surge cuando desaparece un grande hombre



que es, como él era, un *fundador*. De una parte, desaparece lo que más vale en ellos, lo que representan ante todo con su existencia, la fuente de donde emana toda la fecundidad de su influjo, su *persona*, y queda algo que en sí mismo es muerto, *regla*, la cual necesita para vivir, para no agotarse en pura repetición mecánica, sin alma, *personas* como aquella que la creó, difíciles de hallar; y así, toda fundación languidece después que pierde al maestro, porque pierde con él lo más jugoso de ella misma. Mas por otra parte, no cabe desesperar del valor de la idea y el ejemplo lanzados como simiente, imperecedera por sí misma, que procura su nueva germinación por todas partes y aprovechando todas las ocasiones. El drama está en la lucha entre el vacío, insustituible, del hombre, y la fe en la potencia creadora de la idea, que busca su *persona* apenas desaparece quien la encarnaba antes. ¿Cuál de las dos cosas vencerá y por cuánto tiempo? Esa es la inquietud que nos acomete cada vez que muere alguien como Giner.

Ciertamente, nos parece un error creer que la vida de la humanidad sea algo que se detiene á trechos, descansa ó se desvanece hasta que llega otro impulso que la pone en marcha. Por el contrario, nos complace creerla como algo que siempre fluye y camina, y á la vez (con relación á cada uno de los problemas concretos que á su paso se levantan) siempre está en crisis y en evolución. Esa creencia consoladora, que la experiencia de los

tiempos parece confirmarnos, aplicada á la desaparición de Giner, nos la hace estimar, á través del dolor que ha causado, no como una parada en seco que lo inmoviliza y detiene todo, sino como un accidente fatal del camino, que no destruye lo que en el maestro era inmortal y que por ser así continuará trabajando en los espíritus, excitándolos á la acción y preparando un nuevo florecer, ó quizá perpetuando sobre los retoños del tronco viejo, frescas y lozanas, las flores á que la savia de antaño, más fuerte que la muerte misma, sigue dando vigor y colores.

\*  
\*  
\*

Por rara unanimidad entre nosotros, toda la España capaz de pensar y de medir el alcance de estas pérdidas, se ha inclinado ante el cadáver de don Francisco Giner de los Ríos, enterrado en el cementerio civil de Madrid el día 19 de Febrero último.

Librepensadores y católicos, obreros y burgueses, republicanos y monárquicos, han reconocido, con sus justas alabanzas, con sus manifestaciones de duelo bien sentido, la elevación moral de Giner, que estaba por encima de todas nuestras divisiones y abominaba de todas las discordias. Si algún menzudo apasionamiento, que ya en vida de don Francisco hizo resonar sus impías estridencias, se ha separado de la voz general, la cálida vibración de esa



voz lo ha hecho inapreciable y le ha dado, con su desprecio, el castigo que merece; y aun esos mismos que llevan su odio (mejor será decir su miedo al prestigio del que estiman contrario) más allá de la muerte, no podrán menos de reconocer, en su fuero interno, la verdad de las cosas: y esa verdad, respecto de Giner, era el más alto ejemplo moral de nuestra época y el más humano y tolerante patriotismo.



OBELISCO, 8  
MADRID

J. R.

Cuanta alegría me  
haya dado - y a todos  
cuanto la conozcan -  
en carta, no hay que  
decirlo! Tanto más,  
cuanto que V. sabe  
la dificultad de

FRAGMENTO DE UNA CARTA DE D. FRANCISCO GINER